

CAPÍTULO V.

Mar sin orillas.

Si la sucesion de escenas relacionadas estrechamente, la multiplicacion de los episodios, la diversidad de personajes y de situaciones dentro de un argumento más ó ménos interesante constituyen un drama, lo es sin duda el de que vamos á tratar, porque de todo esto tiene; pero si para constituirlo son necesarios el choque de los sentimientos, la lucha de las pasiones, el contraste de lo real y de lo ideal, la mocion de afectos, que producen en el espectador la reaccion moral, el saludable terror, la ansiedad y la suspension del ánimo, que son efecto de la contemplacion de una accion verdaderamente dramática, no lo es, porque nada de esto hay en él bien definido y expreso, y debe ser considerado de distinto modo, calificándolo de leyenda. Ni tiene otro carácter, puesto que no aparece un plan perfectamente marcado, ni las situaciones son consecuencia unas de otras, ni hay nada que necesariamente deba suceder, ni los caracteres son verdaderos, ni el desenlace, aunque imprevisto y

horrible, es natural ni está bien preparado, pareciendo que el autor ha llegado á él por caminos extraviados y no elegidos deliberadamente, ó bien que, no siendo ese el término que imaginaba, se ha encontrado con él sin procurarlo ni haberlo sospechado.

Obra es esta más para deleitar la vista y el oido, que para satisfacer á la inteligencia y al corazon; sobran figuras y faltan caractéres; algunas de aquéllas se despegan del conjunto; otras parecen confusas; las hay contradictorias, innecesarias, y no hay ninguna que pueda considerarse como una verdadera creacion. Las escenas se suceden con bastante confusion; los personajes entran y salen de escena como las figuras de un teatro mecánico, pocas veces con oportunidad, y se llega al final sin haber contemplado nada grande, nada extraordinario, no observándose más que algunas ráfagas del genio, cuya impresion es harto pasajera y que están en el modo más que en la esencia.

Nos precisa, para no aparecer exageradamente serenos y para que nuestras afirmaciones tengan algun motivo, que reseñemos el argumento, del que, dada la exigüedad, no comprendemos cómo *Echegaray* ha sacado tanto partido, sin pecar de extravagante, difuso y alambicador.

Leonardo de Aguilar, el protagonista del drama, es hijo de la marquesa de Castro, con la que no está en las mejores relaciones, á causa de haber contraido segundas nupcias, lo cual él considera como una ofensa á la memoria de su padre, y para no verse obligado á su-

frir la presencia del intruso, se destierra voluntariamente de su casa, sin querer oír las reflexiones de su madre, que le deja partir con los ojos enjutos, á pesar de que le ama tiernamente.

Camilo de Aguilar, el otro hijo de la Marquesa, al que en vida de su padre cerraron las puertas de la mansión paterna sus locuras y su carácter aventurero, llega á Barcelona, que es el lugar de la acción, y es conducido hasta las puertas mismas del palacio donde vive su madre, por una aventura amorosa que no tiene nada de digna ni de noble, puesto que se trata de arrastrar con engaños y ficciones á una pobre niña huérfana á una casa infame, en la que no puede ménos naufragar su honor, si Dios no la socorre. Cuando está concertando con un moro ó judío, de la peor especie, la manera como que esto ha de ser y los amigos que á tan vil acto han de concurrir, Camilo repara en su hermano, que, abatido, se ha dejado caer en un banco, después de la despedida de su madre, y entregado á su dolor, ni ve, ni oye, ni se fija en lo que le rodea; y, al reconocerse los dos hermanos, hablan de sus respectivas situaciones, celebrando el volverse á ver y tratando de su madre, cuyo casamiento tampoco á Camilo parece bien. En esto sale la Marquesa, á la que Camilo se dirige en demanda de que le levante el destierro que le impuso su padre; pero ella se mantiene inflexible, dando lugar las contestaciones de uno y otro á que intervenga el Marqués, el cual provoca la cólera de los dos jóvenes, que se la hicieran sentir á no interponerse la Marquesa, la cual perdona á

Leonardo que la abandona, y rechaza á Camilo que la quiere y se humilla ante ella.

Al momento de irse la Marquesa llega Leonor, conducida por Hacém y los amigos de Camilo; la infeliz doncella, que cree venir en busca de un protector, se asombra é indigna al escuchar las frases que la dirigen; y al comprender, ó mejor, al adivinar lo que se proponen, les increpa duramente, tratando de resistirse á entrar en la casa adonde la quieren llevar. Un momento consigue romper el círculo de los caballeros que la rodean, y va á arrojarle á los piés de la Marquesa, que llega, implorando socorro; la Marquesa se compadece, viéndola tan hermosa; pero, instigada por el Marqués, la rechaza, á pesar de sus lágrimas, y la triste se ve obligada á entrar en la infame mancebía. Pero no tarda en aparecer, habiendo logrado escaparse, cuando Camilo estaba decidido á ir á arrancársela á los viles raptos, y se ampara del mancebo, el cual indica á Hacém que la lleve á su casa, que está en frente, mientras él detiene á los burlados impidiéndoles que abran la puerta de la casa, que sostiene cerrada, agarrado á una de sus argollas y apoyado en una columna del soportal. Leonor huye; uno de los caballeros apostrofa á Camilo, que le contesta con altivez, estando á punto de batirse allí mismo, á lo cual renuncian, por buscar á la fugitiva. Cuando han marchado, Leonor, á la que Hacém acaba de despojar de las galas con que los infames la habían adornado para el sacrificio, sale de la casa de éste y no sabe hácia dónde dirigirse en medio

de la oscuridad, desmayándose al oír acercarse á Leonardo, el que, al contemplarla desmayada, tan hermosa y tan jóven, siente un vivo movimiento de pasion, la presta auxilio, no siendo vistos por sus perseguidores que vuelven, y á los que el jóven está dispuesto á hacer frente por defenderla. Pero los caballeros entran en la casa de Taïs y Camilo dice su nombre á la bella, que se lo pregunta con interés, siendo este episodio la base de un amor que ha nacido tambien en su alma, en la que no tardará en echar hondas raíces.

Todo esto, que pasa en el primer acto, constituye el fundamento del drama, porque Leonardo, que no ha visto entrar á Leonor en la mancebía, la cree sencillamente lo que es, una mujer desgraciada de la que se enamora locamente; pero el Marqués y la Marquesa la han visto entrar, y no saben cómo Camilo, por qué y de qué manera fué hasta allí, y lo que dentro de la casa sucedió, en cuya ignorancia se apoya todo lo que viene despues, y es motivo de la crueldad con que luégo la tratan y de la fatal resolucion que ella toma, la jóven, así como de la á que se lanza Leonardo. Pero no anticipemos los sucesos.

En el acto segundo, cuya accion tiene lugar en un castillo morisco, á orillas del mar y próximo á Barcelona, Leonardo, que ha conducido allí á Leonor, va á desposarse con ella, para lo que sólo aguarda la llegada de los testigos que son un pariente y un amigo; dirige frases de amor á la que va á ser su desposada, y halla en la jóven una gratitud sin límites y un amor inmenso

á prueba de desengaños, de falsías, de traiciones y vilezas; de tal modo, que infunde á Leonardo celos de sí mismo, celos que desaparecen, para dar lugar á los trasportes á que le obligan los tristes presentimientos de la doncella, á quien su dicha actual asusta, pareciéndole un sueño y teniendo un horrible despertar. Llegan los caballeros que han de servir de testigos y se dirigen inmediatamente á la capilla del castillo. Mientras se verifica la ceremonia, Sanabria, un servidor de Leonardo, anuncia á otro que la Marquesa, á la que ha dado aviso, va á llegar á impedir el desposorio si aún es tiempo, que no lo es, pues terminado el acto, Leonardo viene precipitadamente á convocar á sus servidores para acudir al Palmar, lugar próximo, en el que un bajel pirata turco ha entrado á sangre y fuego, y el valeroso mancebo quiere volar en su ayuda, dejando confiada Leonor á sus dos amigos, y partiendo al sitio del combate sin querer oír á su servidor Sanabria, que le va á anunciar la llegada de su madre. Y efectivamente llega con el Marqués, sorprendiéndose no poco de encontrar á los dos caballeros que sin duda no son muy de su devocion. Pregunta la Marquesa por Leonardo y le dicen adónde ha ido, calmando la natural inquietud que siente por su hijo, despues de lo cual manifiesta el Marqués su extrañeza por ver mezclados en aquel asunto á los amigos de Leonardo, é increpa á Sanabria por haber admitido á Leonor en el castillo, á lo que aquél contesta que fué por órden del jóven. El Marqués le ordena que la saque de allí y la lleve á Barce-

lona, á lo que se oponen D. Luis y Osorio, que son los dos amigos, estando ya para venir á las manos uno y otros, cuando lo impide la Marquesa, manifestando deseos de saber quién es la esposa de su hijo, lo que los caballeros no pueden decir porque no lo saben, contentándose con asegurar que es hermosa y honrada, aunque hija de un soldado. Esto causa gran enojo á la Marquesa; procura enterarse de los pormenores de los desposorios, y cuando está convencida de que ya no hay remedio, quiere conocer á Leonor y ordena que la conduzcan á su presencia, estando dispuesta á admitirla por hija si la halla buena y honrada á pesar de las sugerencias del Marqués que no lleva á bien que la vea y la oiga. Se presenta Leonor, y al ser mirada por la madre de Leonardo ésta reconoce en ella á la que en cierta noche, saliendo de una casa infame, la demandara amparo, á cuya afirmacion, que la llena de terror, don Luis y Osorio vacilan en seguir dándole su proteccion, interrogan á la jóven y ésta no lo niega; su confesion provoca la ira de D. Luis, que quiere matarla sin esperar á oír su justificacion. La Marquesa le detiene; Leonor, que al principio se ha humillado, se alza altiva, cuando su virtud y su inocencia se ponen en duda; el Marqués piensa en que la boda sea anulada, pero la Marquesa teme que llegando Leonardo, loco de pasion, deshaga lo que ellos hayan decretado; don Luis insiste en que debe morir; la Marquesa prefiere otro medio ménos violento, y Sanabria les propone uno más infame, que es entregarla á dos prisioneros de los piratas que tiene encerrados, poniéndolos en libertad para que se la lleven á Argel ó la arrojen al mar; la Marquesa se opone, pero el Marqués ordena á Sanabria que traiga á los prisioneros, y así que se presentan les propone darles libertad y un bote y botin para el harén, señalándoles á Leonor; uno de ellos, que es Hacém, acepta; el otro, que es Camilo, se sorprende de hallar en aquel lugar á su madre y á Leonor; advina de lo que se trata, y calla, proponiéndose salvar otra vez á la huérfana; por fin se la llevan y cae el telon.

En el tercer acto, Leonardo vuelve del Palmar, donde ha logrado rechazar al pirata, ignorante de lo que ha sucedido y ansioso de ver á su esposa y descansar en sus amantes brazos. Se dirige adonde cree encontrarla y no la encuentra; viene á preguntar dónde se halla y todos huyen de su presencia por no darle la fatal nueva; se desespera y abate un instante; pronto recobra la energía, y ve llegar á su madre, que acaba de hundir el puñal en su corazon, diciéndole que su boda con Leonor le causa deshonor; Leonardo no lo cree y perdona á su madre sus palabras por ser ella; pero cuando le dice que Leonor ha desaparecido para siempre, él cree que la Marquesa sueña; la pregunta dónde está su esposa con tono amenazador, mas no tarda en calmarse, y la suplica de rodillas y llorando le saque de su cruel incertidumbre; la Marquesa vacila; al fin le cuenta toda la verdad, esto es, que conducida por los prisioneros en una barca debió llegar al bajel pirata que

Leonardo vió hundirse en el mar, á cuya idea se apodera del jóven un arrebató de furor, de amargura, de desesperacion tal, que en sus airados movimientos hace caer en tierra á su madre, huyendo luégo espantado. El Marqués y demás encuentran tendida á la Marquesa y la prestan auxilio interrogándola y enterándose por ella de la escena precedente; Leonardo vuelve, y al hallar á D. Luis y á Osorio les pide cuentas del tesoro que les confió; entónces sabe que aquél quiso matarla y que su madre se opuso, y oye de labios del Marqués que no debió hacerlo por no manchar su acero con la impura sangre de torpe meretriz, lo que apoya su madre, manifestándole que la vió cierta noche salir de impúdica morada; Leonardo le arroja un mentís á la cara del Marqués, pero su madre lo afirma y ya no queda al jóven otro recurso que oirlo de boca de su misma esposa, á la cual llama con gritos desesperados. Ella aparece en efecto, sin duda guiada por Camilo, y quiere arrojarse en brazos de Leonardo; éste la contiene hasta saber la verdad; pregunta á su madre delante de Leonor si es ella la que una noche de triste memoria la pidió amparo; la Marquesa lo juró por la memoria de sus padres; entónces pregunta á Leonor, dispuesto á creerla á ella sola, pero ella no desmiente lo que afirma la Marquesa, y Leonardo la dice que no ha debido venir, que bien estaba en el mar. «Allá volveré,» dice ella; todavía insiste el jóven, que no quiere convencerse, y otra vez Leonor lo afirma, aunque asegurando que sólo un instante permaneció en la mancebía;

el esposo irritado la condena á morir, y la infortunada niña, protestando de su amor se arroja al mar, cuyas aguas se abren para dar sepulcro á su inocencia. Leonardo, aunque tarde, se arrepiente; pero cuando su dolor llega al paroxismo es cuando le entregan una carta de su hermano que ha muerto de sus heridas, en la que se prueba que Leonor está limpia de toda culpa, de toda mancha; entónces, lanzando un supremo grito de angustia y de horror, presenta la carta á su madre y al Marqués, y sin que éstos puedan detenerle se arroja al mar, yendo á reunirse con la que tanto amó.

Por la precedente exposicion podrá comprobarse lo que ántes hemos afirmado; esto es, que apénas hay verdaderos caractéres; únicamente el de Leonardo está un tanto definido: su repentino enamoramiento, su determinacion precipitada de tomar por esposa á Leonor, su respetuosa deferencia á su madre y el odio cordial que profesa al Marqués, su resolucion extrema haciendo morir á Leonor y lanzándose él mismo á la muerte, rasgos son que nos dan una idea de su condicion, de su idiosincrasia moral, pero que están bastante léjos de constituir un carácter tal como nosotros lo comprendemos. Cuando la pasion le trasfigura, puede llegarse á creer que va á marcarse; pero no llega á manifestarse porque ninguno de sus actos puede atribuírsele ni se halla completamente justificado ni áun por sus mismos arrebatos.

Luégo es muy discutible la justicia que ejerce con Leonor; más justo hubiera sido que la hubiera arrojado

de su casa, abandonándola á su suerte; pero entónces no habria drama; su sacrificio, por más natural y artísticamente bello, tampoco satisface y desde luégo horroriza.

Leonor es una figura simpática, un personaje que no hace más que amar y sufrir las persecuciones de todos, hasta de los que debian protegerla y de los que la aman. Solamente en Camilo halla defensor, y éste muere, tratando de salvarla por tercera vez despues de muerto; si llega tarde la salvacion no es culpa suya; por eso se hace simpático á pesar de sus infamias, que en él no son más que extravagancias hijas de su espíritu aventurero y rebelde á toda ley, menos á la de la naturaleza y á la de la humanidad. La mezcla de virtudes y vicio, de nobleza y de infamia que constituyen su manera de ser y obrar, parece que nos debia dar la medida de su carácter, pero éste no se declara sino por débiles rasgos é insuficientes por lo mismo. La Marquesa tampoco merece considerarse como tal; su carácter es indefinido, antipático y nada constante, es el de una rigidez poco humanitaria y nada generosa. El Marqués es un fantasmon que sólo sirve para inspirar á su esposa actos inhumanos. Sanabria es un servidor fanático de la Marquesa, poco noble y menos sensible; Celia, su hija, es un ser angelical, cuya condicion se despega de la de su padre; Hacem es un tipo bastante comun en aquellos tiempos, aunque poco empleado en el teatro, apénas influye directamente en la accion de la leyenda, y D. Luis y Osorio

son dos comodines que no hacian esencialmente falta alguna.

La moralidad no es tampoco lo que más resalta en esta obra; la virtud es abatida, el vicio y el crimen quedan impunes; sólo la Marquesa se ve castigada con la pérdida de sus dos hijos; Camilo tambien alcanza su parte de castigo, precisamente cuando su noble conducta le habia redimido de las faltas pasadas; los demás quedan como estaban, y de algunos ni el recuerdo queda cuando descende el telon sobre la última escena. El desenlace es rapidísimo, consistiendo en esto acaso su principal mérito; el título no se justifica sino de una manera ambigua, pero al final.

Sin caractéres determinados, sin situaciones ni episodios notables, sin arranques ni geniales rasgos, este drama, que descargado de algunos personajes y escenas que huelgan, podia haberse desarrollado muy bien en dos actos, tiene, en medio de su frialdad, grandes bellezas literarias y escénicas; una forma brillante y poética, un estilo primoroso, un lenguaje propio y elevado, mucho color, mucho movimiento; condiciones que unidas á sus grandes defectos, hicieron que á pesar de la esmerada y perfecta ejecucion que mereció á la Compañía del teatro Español, donde se estrenó el 20 de Diciembre de 1879, al talento y acertada direccion del actor Rafael Calvo, su éxito fuese poco satisfactorio y que la crítica fuese tan severa, hasta que depurado su mérito la opinion ha hecho justicia aplaudiendo sus bellezas y censurando sus defectos.

Después de su primera representación se introdujeron por su autor algunas modificaciones para aligerar algunas escenas, las cuales van indicadas al final en la edición que hemos tenido á la vista para hacer nuestro juicio, así como la acompañan otras notas necesarias para entender el pensamiento del autor en ciertos pasajes que fueron mal interpretados por el público que los acogió con especiales demostraciones.

Para concluir, y porque sabemos que ha de proporcionar una satisfacción al lector que no haya leído la obra ni asistido á su representación, vamos á transcribir algunos pasajes de la misma, no los mejores, sino de los que mejor idea dan de la entonación y estilo que en ella campean.

Leonardo está diciendo amores á Leonor, y entre los dos se cruzan estas apasionadas frases:

LEONARDO. Si no te amase, Leonor,
con este amor que me abrasa,
si fuese placer que pasa,
fuego que extingue su ardor,
y al llegar el nuevo día
te abandonase á tu suerte
para ya nunca más verte,
¿me amarias?

LEONOR. (Con ternura.) Te amaria.

LEONARDO. Si aquella noche, Leonor,
en que te hallé desmayada,
ó de fuerzas agotada,
ó vencida del dolor,
al volver de tu agonía

y al encontrarme á tu lado
te hubiera desamparado,
¿me amarias?

LEONOR. (Con pasión.) Te amaria.

LEONARDO. Si yo no fuese, Leonor,
lo que supones que he sido;
si aquí te hubiese traído
codicioso de tu honor;
si mi anhelo, con falsía,
fuera hacerte, niña hermosa,
mi manceba y no mi esposa, (Con ansia.)
¿me amarias?

(Leonor duda un momento, y luego le abraza llorando y diciendo en voz muy baja:)

LEONOR. Te amaria.

LEONARDO. (Cambiando de tono.)

Calla, que no quiero oírlo.
Pronto hablaste; llanto tardo.

LEONOR. Entónces, ¿por qué, Leonardo,
me has obligado á decirlo?

LEONARDO. Porque saber pretendí,
y no te espante ni asombre,
si me amabas por mi nombre
ó si me amabas por mí.
Porque el que ama, suspendido
va siempre entre cielo y lodo,
y amante piensa de un modo
y de otro modo marido.
¡Ah! si mi esposa mañana
me hablase de esa manera,
la muerte, Leonor, le diera
por impura y por liviana.

Lo cual, sobre ser sumamente bello y recordar los

buenos tiempos de Zorrilla, García Gutierrez y otros autores esclarecidos, revela algo del carácter que *Echegaray* ha querido dar á este personaje, es sin duda el rasgo que mejor lo pinta; tanto que con otro esfuerzo quedaba aquél delineado y claramente distinto.

Protestando Leonor de su inocencia al ser acusada por el Marqués, prorumpe en estas palabras:

LEONOR. Pues modo debe existir
de vencer su resistencia:
debe encontrar la inocencia
manera de persuadir,
acentos del corazon,
palabras que busca en vano,
¡algun grito sobrehumano
de suprema indignacion!
O si esto no puede ser,
tal manera de llorar
que no se pueda imitar
y que logre convencer.

Esta es la voz de la inocencia, y si no logra convencer ni apiadar al Marqués, es sin duda porque está interesado en perderla y cree más á las apariencias que la condenan.

Dignas y llenas de respetuoso cariño son las que dice Leonardo á su madre, cuando oye de sus labios lo que no puede creer, ni siendo verdad las toleraria en otros. Dice así:

LEONARDO. La propia mano al azotar el rostro
causa dolor tal vez, no vilipendio:

y así, señora, de la madre nunca
son para el hijo ultrajes los acentos.
Si palabras de amor la madre dice,
él las guarda en el fondo de su pecho;
si el enojo las dicta, ántes que lleguen
á rozarle la faz, las lleva el viento.

Cuando Leonor dice á su esposo que si estuvo en la casa infame fué «un instante no más,» éste exclama:

LEONARDO. ¡ En uno sólo
perdió Luzbel su celestial morada,
quemó sus sienes la diadema roja
y ennegreció el armiño de sus alas!
Todo ese mar con todas sus espumas
para blanquear tu frente ya no basta;

con lo que el autor ha dado un trazo más del carácter de Leonardo, que se empeña en no aparecer, á pesar de todo.

Más citaríamos porque la materia es abundante; pero renunciamos para no cansar al lector, que puede ver la obra por sí mismo y saborear sus bellezas, que son en gran número, y tales que bastan para hacer olvidar algunos de sus defectos.

No sabemos si hemos acertado en el juicio que de esta obra hemos escrito, podrá no estar conforme con el de algunos, pero es el nuestro, sincero, desapasionado y frio, como ignoramos si en la calificacion de las obras de *Echegaray*, en la apreciacion de su genio y

manera de ser nos hemos equivocado; de todas maneras nuestra buena voluntad nos hace acreedores á la indulgencia de todos, ya que en el *mar* de confusiones en que navegamos, tratándose de este autor, tampoco hay *orillas*.

PARTE SÉTIMA.

JOSÉ ECHEGARAY.

BIOGRAFÍA.

Nada más justo, ni que más pruebe nuestro deseo de hacer de este libro una obra completa, que, ya que de las producciones de este autor nos hemos ocupado con la suficiente extension y profundidad para que sean conocidas y debidamente apreciadas, nos ocupemos del autor mismo, historiando su vida á grandes rasgos, haciendo notar la índole de su genio, la influencia que en el teatro y en las costumbres han producido sus obras, el estímulo que han despertado, al extremo de formar escuela, á la que están afiliados numerosos sectarios; cuáles sean los principales de éstos y su mision, dado el género que se proponen cultivar y los ideales á que han de amoldarse sus creaciones.

José *Echegaray* nació en Madrid el Juéves Santo de 1832. Cuantas investigaciones hemos hecho para co-